sacerdotes y los rabinos israelitas, pero que no se censure á la autoridad civil ni militar, porque de nada de ello es culpable.

153.—Ya lo veis ahora, lectores; todos vuestros libros no tienen ningún valor comparados con el mío. Vuestros elocuentes subterfugios son vacíos, comparados con nuestro sencillo lenguaje. Todos nuestros preciosos trabajos, que vosotros os pagáis tan generosamente los unos á los otros, no son nada comparados con nuestro trabajo. Vuestros grandes méritos, no son nada, comparados con el nuestro. Los tesoros que llenan vuestras casas, no tienen ningún valor comparados con el pan que nosotros tenemos en nuestros graneros. Toda vuestra gran inteligencia es débil, comparada con nuestro pobre ingenio. Vuestros millones no son más que espantosa miseria comparados con nuestros escasos bienes.

154.—Durante siglos enteros se ha hablado de ricos y de pobres; pero nadie podía encontrar la diferencia que existe

entre esas dos clases de hombres, porque el uno posee un pequeño capital, el otro uno dos veces mayor, el tercero un capital tres veces más grande etc., y cada uno señala al otro con el dedo: ¿acaso soy yo rico? ¡Fulano y fulano, á esos si que se les puede llamar ricos!

Precisamente de esos ricos, Jesucristo ha dicho: «Más facil será á un camello pasar por el ojo de una aguja que á un rico entrar en el reino de los cielos (San Marcos X—25).

Pero yo he visto que entre el rico y el pobre existe la distancia que hay entre el cielo y la tierra, entre el este y el oeste. Entre nosotros y vosotros, existe, como se dice, un inmenso abismo: nosotros no podemos acercarnos á vosotros, ni vosotros á nosotros.

155.—Si por ejemplo diese yo á un hombre rico ó á un hombre muy instruído el consejo siguiente: «Ya ves que en el lado vuestro no hay más que bajeza, vente al nuestro. No trabajes el pan, puesto que jamás lo has hecho, pero solo con venir te ahorrarás los reproches insufribles

de tu conciencia».—«No puedo hacerlo, me contestaría. Prefiriría morir que unirme á vosotros.»

156.—¿No sucederá lo mismo en el juicio final, como nos lo afirma la Sagrada Escritura? En su misericordia, Dios os acogerá pero de vergüenza, vosotros os separéis de él. Dios, de todos modos, no se alejará de vosotros, porque habéis despreciado el trabajo del pan que él había prescrito, y al mismo tiempo habéis pisoteado á los que cultivan el trigo.

157.—Desde hace 7382 años, dura para vosotros la fiesta, mientras que nosotros hemos tenido que trabajar. A partir de 1882 empezará para nosotros la fiesta y para vosotros el trabajo, si comprenden el mandamiento todos los campesinos. ¡Que triunfo, que alegría para nuestra clase inferior!

158.—Si tenéis entonces ocasión de permanecer algún tiempo en el campo, habréis de tomar prestados por algunos días, los ojos de algún animal, pues con

los ojos de un hombre, no podréis permanecer. Tanto como nosotros seremos elevados, seréis rebajados vosotros.—Nadie, de todas maneras os reprochará, se os dará de comer y de beber, pero los reproches que se elevarán á vuestras espaldas, os impresionarán bastante más vivamente que si fuesen formulados delante.

159.—Si ganaseis vuestro pan trabajando con vuestras manos, y no con el dinero, sería vuestra fiesta aún más grandiosa. Ahora somos inferiores á vosotros. Entonces, lo seríamos aún más, porque trabajamos por la fuerza, empujados por la necesidad mientras que vosotros trabajaríais por obedecer al primer mandamiento. Vuestro mérito sería mucho más grande y más estimable.

160.—Ahora ocupáis vosotros nuestro lugar en la mesa á pesar nuestro, y nosotros permanecemos tan humildemente ante vosotros, que sufre vuestra conciencia lo mismo que la nuestra. Pero entonces, la verdadera justicia triunfará. No sufriréis vosotros molestias, pero tampoco nosotros

No continuaréis teniendo el sitio de honor, y nosotros no permaneceremos siempre al pie de la mesa.

161.—Los holgazanes me dicen: Si tu hubieses hallado el medio de ser rico y dichoso, sin trabajar, todo el mundo te daría las gracias. Pero invitándonos á un trabajo penoso, enojoso y humillante, ¿quién podrá tomar nuestras palabras en consideración? ¿Quieres persuadir al gobierno que la ley primitiva está fundada sobre el trabajo del pan?

Pero muchos y muy instruídos, no ven en la ley más que una nube obscura. Después de todo ¿es preciso mortificarse por el pan? ¿A santo de qué escribir sobre un asunto que no vale la pena ¿A santo de qué hablar puesto que con quince ó veinte kopeks por pud se tiene pan?

En fin, si ese trabajo debiera conducirnos á la salud, toda la gente instruida, y sobre todo, los miembros del sacerdocio, se apresurarían á hacerlo. Pero por el contrario, lo desdeñan, y prefieren mejor la vida fácil. Es pues porque no hay en él nada que pueda salvarnos. La tesis pues

que sostienes no es más que un cuento de las *Mil y una noches*.

162.—El principal punto vulnerable de nuestra clase de cultivadores, aquel que nos hace caer á pesar nuestro en la miseria, la abyección y otras desdichas semejantes es, se dirá, la comunidad de bienes entre hermanos. Hablar de este mal en dos palabras, es imposible. La causa de todo esto, es siempre la misma. «Se ha ocultado al mundo la ley del trabajo.» Si esta ley hubiese sido divulgada, cien hombres podrían vivir reunidos. El que en ellos mandase no tendría porque estar orgulloso y lo mismo, el que obedeciera, no tendría razón para creerse ofendido. Si en un grupo muriese un padre ó una madre, sus hijos permanecerían con la comunidad, llena de cordialidad y de harmonía, y el golpe parecería menos rudo al esposo que sobreviviera. Los huérfanos encontrarían allí padres y madres, hermanos y hermanas, en una palabra, muchos defensores y protectores.

Las mujeres, son en general piadosas: cuidarían pues á los huérfanos antes que

á sus propios hijos. En una palabra, esta ley lleva consigo todas las virtudes y se opone á todos los vicios. No en vano dijo Dios al crear el mundo: «Que la luz se haga puesto que eso es bueno.» Vosotros habéis sustraido ese don de Dios á la vista de los hombres y os decís en voz baja unos á otros: «Mira los imbéciles que nos alimentan, nos visten con ricos trajes, y todo por nada. No les damos órdenes y nos obedecen.»

163.—Si un hombre habla de un crimen delante de un grupo numeroso, no designa á nadie como autor, porque no puede penetrar en las conciencias: habla de un crimen desde un punto de vista legal y no se refiere directamente á nadie; pero si se explica la ley primitiva: «Con el sudor de tu frente cosecharás tu pan» no es posible callar el nombre del criminal porque lleva sobre sí,—por así decirlo—la marca de Caín.

Desobedecer este mandamiento es en efecto el mayor de los crímenes, y si fuese cometido por un hombre inferior, podría no advertirlo, pero como el mandamiento se dirige á todos los que se elevan hasta las nubes, todo el mundo vé á aquellos que lo infringen.

Mejor hubiera hecho yo elogiando á los hombres que criticándoles, pero eso me habría sido imposible. ¿Ante la santidad del trabajo, me convendría deslizar mi pensamiento por entre cobardes adulaciones?

164.—Dios ha dado los mandamientos á nuestros antepasados Adan y Eva: el primero, «Creced y multiplicaos, llenad la la tierra»: el segundo: «Con el sudor de tu frente ganarás el pan». ¿Porqué, te preguntaré antes, ejecutas el primer mandamiento de Dios tan á tu gusto y con tanto placer que, hasta tratas de multiplicar la raza de tu vecino? ¿Porqué, te preguntaré después, desdeñas el segundo mandamiento de Dios: «Con el sudor de tu frente cosecharás tu pan» y corres á ocultarte en diferentes rincones diciendo: tomaré un buen obrero y él trabajará mi pan?

Toma entonces un buen obrero para que te haga hijos.

—Eso es inadmisible—contestarás tú. Pero si eso es inadmisible entonces hacer que otros hagan tu pan debe serlo también, excepto en ciertos casos que le auxilies. Dime, ¿porqué no desdeñas el primer mandamiento como desdeñas el segundo?

Si vuestras mujeres hubiesen oido vuestras palabras, os podrían haber dicho: Nosotras cumplimos nuestro mandamiento, parimos con dolor y algunas veces morimos, y vosotros ¿por qué no ejecutáis el mandamiento que os concierne? Dad á vuestros hijos el pan de vuestro trabajo.

En una palabra, no podríais contestar nada á esto y quedaríais como un pez sobre la arena.

165.—Qué ciego eres ¡oh sabio! Miras con tus ojos la Sagrada Escritura, pero no ves el médico por el cual puedas desembarazarte y desembarazar al rebaño que Dios te ha confiado de la rémora del pecado. No ves el camino que te conduciría directamente á la vida eterna. Tu ceguera es parecida á la de los habitantes

de Sodoma, que fueron castigados cuando iban buscando las puertas de Lot.

Pero estos últimos se dieron cuenta de su ceguera, mientras que tú, crees verlo todo claramente y quieres conocerlo todo sin el auxilio de ningún maestro, y nadie tiene el derecho de darte un consejo. Tu ceguera es parecida á la de Balaam que, desde la burra en que iba montado, no veía al ángel de Dios armado con una espada de fuego, de pie en el camino delante de él, mientras que la burra que le conducía estaba viéndolo. En este momento, soy yo la burra; tu eres Balaam y vas á caballo sobre mi, desde mi infancia.

166.—Por todo lo que precede se vé, como en un espejo, que el hombre aprende á leer con el objeto de hacer el mal y no el bien. No sin razón dice el proverbio: «Si la gente instruída perdiese los ojos (y yo Bondareff, lo mismo que ellos) y sus caballos reventasen, se viviría mejor.»

No creía yo antes en los proverbios, pero ahora veo que es el mismo Dios, por decirlo así, quien los ha dado al mundo.

167.—El mundo está dividido en mil religiones, y solo debía haber una creencia, como solo hay un Dios.

El primer mandamiento: «Con el sudor de tu frente cosecharás tu pan» puede reunir todas las religiones en una sola. Cuando los hombres hayan comprendido todo su alcance, lo llevarán sobre su corazón, y en un siglo, ó puede que en menos tiempo, unirá todo el mundo de este á oeste, del norte al mediodía, en una sola creencia, en una sola Iglesia y un solo Amor. (Véase el artículo 35).

168.—¿Porqué mirasá las gentes que evitan el trabajo, nó solo sin cordialidad sino que casi con odio? me dicen muchas personas. Cualesquiera que sea tu pensamiento, estás obligado á hablar con dulzura y afecto. Esta es mi respuesta: «¿Dónde encontrar bastante paciencia é hipocresía para hablar con afecto y dulzura? ¡Cuántos millares de gentes existen ahora, cuántos han existido desde comienzos del mundo y cuántos hayan de existir, todos han sido, son y serán, ignominiosamente lesionados por vosotros, los dueños de este mundo!

En esas condiciones no digo ya un hombre, un ángel mismo, no soportaría jamás tales ofensas, y al solo relato de nuestras miserias, se le crisparían los nervios. Y yo que no soy más que un hombre, los he sufrido por mucho tiempo, Muchas veces he querido hablar con dulzura, pero desde que he empezado á escribir, me inflamo hasta tal punto que olvido todas mis resoluciones. Por último, me he dicho á mí mismo, que no se muere más que una vez. De este modo he cogido el buen camino, y héme ya en marcha.

169.--Me dirijo aun á vosotros, los de la clase elevada. Nos os suplico, os pido, os exijo firmemente que nos devolvais nuestro bien, es decir, que nos enseñéis la ley primitiva, que Dios mismo nos ha dado, á nosotros los labradores, cuando creó el cielo y la tierra.

Vosotros nos lo habéis tomado con el engaño ó por la violencia, y la habéis ocultado en las profundidades de la tierra, como el esclavo perezoso del Evangelio que enterró su talento en un hoyo profundo. Devolvédnosla ahora sin demo-

ra, devolvédnosla, ya no admitimos ninguna excusa.

Aquellos que os han precedido han podido tener razón en ocultarla porque nadie se la pedía: el bien de otro, importa poco á los extraños.

Pero ahora, devolvednos esa ley, ó si lo preferís, explicadnosla.

170.—Todos nos dais la misma excusa. No soy yo el culpable, dice uno, ni yo dice el otro; *ni yo* dice el tercero y *los yo* no acaban nunca. ¿Pero quien será el que diga, soy yo. Si se dirige la pregunta á los jefes supremos del Estado, dirán ellos también: no soy yo el culpable. En una palabra, el universo se ha convertido, por decirlo así, en un círculo perfecto, en que nadie está en la circunferencia, y todo el mundo se halla en el centro. Preguntad á este ó á aquel, todos contestan invariablemente: *no soy yo*.

Si se trata de vanagloriarse, de enorgullecerse, de elevarse hasta las nubes, de montar sobre las espaldas de las pobres gentes, todos exclamáis: *¡Yo, yo!* Pero si se trata de tender la mano á los millones de

gentes que perecen en la miseria, *¡no soy yo!* decís todos en seguida. ¿Quién de vosotros contestará á mi pregunta: *¡yo, yo!*

Si nuestro Emperador Alejandro Nicolaievitch nos ha librado de la esclavitud, eso ninguna relación tiene, según mi parecer, con la cuestión que nos ocupa; es asunto muy diferente.

171.—Es preciso, sin duda alguna persuadir á las gentes con buenos consejos y con otras diversas advertencias, pero nunca por la fuerza. Imprimir esos consejos en los alfabetos y en los libros de oraciones, encargar á los sacerdotes de todas las religiones y de todas las naciones, por la persuasión, y no por la fuerza, encargarles, digo, la predicación continua de esta doctrina y de recordar siempre á sus ovejas las cualidades que distinguen ante Dios y ante los hombres á aquel que ejecuta escrupulosamente la ley primitiva de Dios, los defectos que caracterizan al contrario, á aquel que se sustrae vergonzosamente á la ejecución de este mandamiento.

He aquí por que medios es preci-

so, según opino, obligar á los hombres á trabajar sin emplear la violencia.

¿Pero á parte el gobierno es quien tiene fuerza para poner en práctica todo lo que llevo dicho? Nadie.

172.—Si todos estos consejos fueran insertados en los periódicos diarios ó mensuales y en otras publicaciones, bajo formas diferentes, en vano se esperarían tantos millares de años como días hay en un siglo, y nada de provecho resultaría. (véase n. 36.)

173.—Implora mi alma (y por mi alma entiendo las de todos los campesinos) implora al hobierno tanto cuanto quieras, derrama lágrimas, tantas como tengas, multiplica tus gemidos tanto como puedas hinca tus rodillas ante él tanto como gustes, á nadie impresionarán tus súplicas, á nadie enternecerán tus lágrimas. Estoy cierto, ahora, de que mis dos preguntas han sido vanas. Si al menos me hubiesen contestado, si ó no, habría quedado satisfecho. Pero nada, nada me han dicho.

Dignaos ¡oh Padre Eterno! dirigir desde la altura de los cielos una mirada sobre la tierra.

Ya véis, únicamente hay un hombre que con una sola palabra puede oprimir á millones de hombres...